

EL COMERCIO DE CORDOBA

Diario de Artes, Industria, Comercio, Administración y Noticias

DIRECTOR-PROPIETARIO: DON JUAN CANALES

NÚM. 5537

PRECIOS.

En Córdoba.
Un mes. 1,75 pesetas
Trimestre. 5 »
Fuera de Córdoba.
Un mes. 2,25 »
Trimestre. 6,50 »

VIERNES 12 DE NOVIEMBRE DE 1897

Anuncios y comunicados á precios convencionales
Gratis á los señores suscriptores,
pagando solo el impuesto de timbre del Estado.

AÑO XXIII

La criminalidad y sus causas

Es evidente que no puede culpársele á la instrucción torcida de ser la única causa del desarrollo de la criminalidad, sobre todo en los adultos. Muchos estadísticos han tomado nota de la evidencia innegable y comprobada del aumento de crímenes y la instrucción obligatoria. Pero M. Fouillée observa con razón, como podría observar en España, —donde la instrucción obligatoria no existe,— que hay otra coincidencia muy significativa que tomar en cuenta: aumento del alcoholismo. La ley de 1850 estableció en Francia la libertad del expendido de bebidas; y en diez años, el consumo de alcoholes, y de alcoholes de mala calidad, ha triplicado allí, de tal manera, que la Francia, que ocupaba antes el séptimo lugar en el consumo universal, ha pasado á ocupar uno de los primeros.

En 1887, el número anual de los delitos de golpes y heridas había aumentado en treinta por ciento, debido en gran parte al progreso del alcoholismo. En el mismo año, la décima parte de los suicidios tenían por causa el abuso de la bebida; la vigésima parte de las muertes por accidente tenían la misma causa. En cuanto á los efectos producidos por la herencia en los hijos de los alcohólicos, son bien conocidos.

Los criminalistas reciben también en el libertinaje una de las causas principales de los crímenes y delitos en las naciones civilizadas, y en esto sí que tiene una buena parte la instrucción. El ladrón, el petardista, el jugador inescrupuloso, el falsificador, son en su mayor parte gente de cierta ilustración. El aumento de los infanticidios, el de las violaciones y el de los adulterios tienen también una indicación precisa. Agréguese, pues, al alcoholismo el libertinaje, y se tendrán dos de las más abundantes fuentes de la criminalidad contemporánea.

En cuanto á la influencia de la escuela, de la enseñanza, M. Fouillée reconoce, en la medida que su propia carencia de toda religión se lo permite, que la enseñanza laica suministra un número de criminales inmensamente mayor que la enseñanza religiosa. En París, sobre los niños perseguidos por la policía, se encuentran apenas 2 salidos de una escuela religiosa. Sobre 100 niñas detenidos en la Petite Roquette,

casa correccional de la infancia, —la escuela congregacionista suministra 11 solamente, y la escuela laica 89. «Las familias que escogen la enseñanza religiosa para sus hijos,—observa M. Fouillée,—manifiestan con eso mismo que los han educado ya más rectamente. El solo hecho de escoger deliberadamente una enseñanza que se estima superior, revela en los padres un noble anhelo de moralidad, que lógicamente ha tenido que comunicarse á los niños mismos.

En cambio, el miembro libre-pensador de la Academia Francesa de Ciencias Morales, cuyo trabajo venimos extractando, apunta los numerosos inconvenientes de la enseñanza laica. Instruir á los desheredados ó degenerados ¿habreis hallado en eso el remedio de sus males? A veces obtendreis buenos resultados, si la naturaleza del niño y el medio en que vive se prestan á ello; pero lo más á menudo no conseguireis más que suministrar armas nuevas á inclinaciones más fuertes que los consejos del maestro. Si además, el niño mal dispuesto por la herencia ó por el medio doméstico en que vive descubre una especie de hostilidad sorda entre el representante de la moral laica y el de la moral religiosa, podrá llegar á la incertidumbre y al escepticismo de toda moral, tanto laica como religiosa. Y no son, por cierto, ni la gramática y la ortografía, ni la aritmética y el cálculo, ni la historia, ni la geografía, las que podrán impedirle que obre mal. Por más que estudie y aprenda la regla de tres, los cabos de Holanda y los lagos de América, el asesinato de Juan Sin Miedo y del duque de Guisa, sus inclinaciones no se modificarán.

Sócrates decía ya en su tiempo: «Si la instrucción no dá un espíritu recto y sano, no consiguen más que hacer el hombre más malo, suministrándole más medios de hacer mal.» Por sus parte Rabelaia decía: «Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma.» La civilización, observa Madys-ley, puede hacer «Brutos más brutos y sobre todo más peligrosos que el estado de naturaleza.» Y en fin Gotke decía más profundamente: «Es pernicioso todo lo que independiza nuestro espíritu sin darnos los medios de dominar nuestro carácter.» Por lo que respecta á la influencia de las ideas religiosas sobre la morali-

dad, Mr. Fouillée comprueba lo siguiente: Un hecho importante, que ha llamado la atención de todos los estadísticos, es que la criminalidad de la mujer, que fluctúa entre el décimo y el tercio de la del hombre, vé á esta última descender á su propio nivel en los departamentos bretones, en que el hombre es tan religioso como la mujer, y en que la criminalidad masculina es muy escasa. En cambio, la criminalidad femenina se eleva á igual nivel que la del hombre en las ciudades, en las regiones más civilizadas, en donde la mujer se vuelve casi tan irreligiosa como el hombre.

«De qué se compone hoy,—se pregunta el escéptico y libre-pensador M. Fouillée,—el partido que se llama anticlerical? Un filósofo que no puede ser sospechado de clericalismo por cierto, Mr. Renoswier, contesta: *De espíritus estrechos y mezquinos, en quien el libre pensamiento no está constituido sino por negaciones.* Y no es, seguramente, con negaciones como se puede moralizar al pueblo. La lucha anti-clerical ha podido tener sus motivos en otro tiempo; los libre-pensadores por una parte, y los protestantes por otra, creían entonces que atraerían á sus propias filas á todos aquellos á quienes separasen del catolicismo. Empero, ni la filosofía ni el protestantismo han aprovechado de la destrucción de las creencias. El escepticismo moral, ha sido, en los niños y en la juventud, el resultado natural y ordinario del escepticismo religioso.»

Tal es la conclusión del interesante estudio de M. Fouillée, cuya autoridad como le decíamos al comenzar, no podría ser tachada de parcialidad religiosa por nuestros espíritus fuertes de por acá.

X. X.

GLORIAS NACIONALES

ACCION DE BERNEDO

12 DE NOVIEMBRE DE 1875

A fin de evitar que los carlistas se posesionaran de Lumbier, cuya intención les fué comprendida con motivo del acumulamiento de tropas que sobre el efectuaron, el general Quesada decidió atacar á Bernedo, centro de la línea de Arazeta á La Población, defendido, tanto él como sus alturas, por las huestes del cabecilla Pérula, para dis-

traer así la atención reconcentrada sobre dicho Lumbier.

Todas las fuerzas destinadas á la operación, á las órdenes de Quesada, abanzaron á un mismo tiempo. El coronel Polavieja, con seis compañías del primer batallón de la Princesa hizo abandonar al enemigo las posiciones que tenía en el puesto de Toro, sierra de Toloño, desde las cuales hostilizaba la derecha liberal; y protegidos ya por este movimiento los flancos del grueso de las tropas, ó sea la columna encargada de atacar, avanzó esta desde Navarrete y cayó con impetu sobre Bernedo, apoyada por la batería de montaña Provedo.

La lucha que en las trincheras exteriores del pueblo sostuvieron liberales y carlistas, fué heroica y sangrienta, y aunque en un principio los del Pretendiente opusieron una resistencia que hacía dudar del éxito de la operación emprendida por las tropas del gobierno, peor dirigidos aquellos que estos, cedieron al empuje y abandonaron los atrincheramientos exteriores é interiores, dejando á Bernedo en poder del general Quesada.

Las fuerzas que más se distinguieron en el combate, fueron un batallón de la Reina y la Reserva número 25, al mando de sus jefes respectivos Arango y Sedano, de la brigada de Arnáiz, y también un escuadrón de húsares de Pavía, de la escolta del general en jefe, que cargó con bizarría sobre los fugitivos que trataron de salvar la cordillera por los puertos de Angostina y del Villar.

César.

Prohibida la reproducción.

El crimen de Baena

La causa de «Pepe el Rubio»

Hey, á las nueve de la mañana, ha empezado en la Cárcel la vista de la causa instruida á José Rubio Rojano, por el delito de robo y homicidio.

Este procesado es uno de los siete que intervinieron en el hecho conocido por *Crimen de Baena*, del que haremos un breve resumen por si lo han olvidado nuestros lectores.

EL CRIMEN

La noche del 19 al 20 de Septiembre

del año 1894 penetraron en el domicilio del vecino de Baena don Antonio Arjona Ortiz, saltando por las tapias de un corral, Antonio Peña y Párraga, que ejercía el cargo de mulero en casa de la víctima; Juan de Dios Párraga y Perez, sobrino del anterior; Rafael Bergillos-Cumarcada (a) *Niño Bonito*; Antonio Henares Aguilar; Joaquín Agúndo Tarifa; Esteban Garrido García y José Rubio Rojano, todos enmascarados, y dieron muerte al señor Arjona de una terrible puñalada en el pecho; amordazaron, maniataron é hirieron á la esposa, de aquel donña María del Rosario Vallejo y á su sobrino don Manuel Santiago Arjona, y fracturando un arcón antiguo, se apoderaron de un talego que contenía 435 pesetas en billetes del Banco y monedas de plata; unos pendientes del mismo metal y otros de oro, emprendiendo la fuga.

Merced á las activas gestiones de las autoridades se descubrió á los autores del crimen, siendo capturados todos, excepto José Rubio.

EN LA AUDIENCIA

El día 12 de Junio de 1895 se celebró en la Audiencia de esta capital la vista de la causa, actuando de Fiscal el señor don Felipe Pozzi y encargándose de las defensas los abogados señores don Agustín Aguilar Tablada, don Miguel Jimenez, don José Suarez Alonso, don José Contreras, don Ricardo Martínez de la Guardia y don Manuel Villarreal.

Los seis reos fueron condenados á la pena de muerte que les conmutó por la de cadena perpetua el Tribunal Supremo.

DETENCION DEL RUBIO

El día 4 de Marzo último capturó la guardia civil á José Rubio Rojano, en un cortijo del término de Valenzuela, donde se hallaba hacía pocas horas.

En el acto de la detención le ocupó la benemérita una carabina cargada y veinticuatro cápsulas para la misma; una pistola, también cargada, y cinco cápsulas; una pequeña navaja de muelles; una cartera con un cortaplumas; un reloj de plata con cadena de metal; tres cordales; unas gafas; un peine; un lápiz y varios documentos, entre los que se hallaba un anónimo dirigido á don Pablo Villalobos, pidiéndole dinero.

ANTECEDENTES DEL PROCESADO

A Pepe el Rubio le han procesado

— 24 —

Mientras que aquel malvado se sumergía en sus reflexiones, muchos de sus compañeros que llegaban de todos lados del bosque, fueron agrupándose á algunos pasos del puente. Encendieron una gran hoguera con ramas secas y se tendieron á su alrededor como lagartos.

Al poco rato se les reunieron tres de los principales de la tribu que se habían retardado en su cacería; estos tres últimos, muy respetados, se llamaban Boskei, Pollak y Strauskéi.

—¡Amigos míos!—dijo Boskei á aquellos de sus compañeros que le habían precedido—no es que yo quiera reprocharos, pero si no tuviéramos hoy para tranquilizar el estómago más que el producto de vuestras redes, buen lustro íbamos á echar.

—Los peces andaban hoy muy es-

— 25 —

condidos—respondió uno de los aludidos.

—Afortunadamente el país dá de todo, y estamos aquí nosotros,—intervino Pollak. Doce conejos bien criaditos, que están deseando tostarse en ese hermoso fuego, y casi otras tantas perdices. Vamos, muchachos, podeis estar contentos, ¡y ya os contentaríais con tener siempre un despensero tan económico como papá Pollak!

—Pero explícame—dijo el más joven de los pescadores,—¿por qué razón te has ido á fijar en el número doce; y no nos has traído más?

—Pues sencillamente porque no he encontrado más rastros. Pero no hay que apurarse ¡son soberbios! Me dejaría cortar la mano derecha sino pesara cuatro libras uno con otro.

— 28 —

—Entonces, ¿por qué me preguntais?

—Está bien, callaremos.

—¡Montón de resignados, holgazanes!—prosiguió Toromakei, cruzando los brazos sobre el pecho.—¿Os parece bien el estado de miseria en que vivimos?

Nadie contestó á aquel violento apóstrofe.

—Seguramente que mejor querríamos vivir disfrutando de nuestras rentas,—suspiró Pollak, después de un penoso silencio;—pero puesto que nuestros padres se olvidaron de dejárnoslas.

—Cuando no se encuentran en la cuna, es preciso saber buscarlas: por sí mismo,—replicó el gigante.

—¿Cómo?

—Con el dinero de los que tienen demasiado.

— 21 —

das y temores para abismarse en la insana alegría que le embriagaba.

Tuvo necesidad de sacarle el joven de su abstracción para decirle:

—Ahí van mil escudos. Una hora después de que tenga lugar el accidente, te encontrarás en la extremidad del parque de aquel castillo, que se divisa á lo lejos.

—¿El castillo de Kervanne?—Luego entonces sois el dueño de esa magnífica residencia?...

Los labios del joven se plegaron con una contracción amarga y contestó al que era ya su cómplice.

—A eso te contestaré como me has contestado tú hace un momento; ¡Todavía no!... Debe bastarte saber que que cuento con la ejecución de tu promesa.

Toromakei no ha faltado nunca á su palabra—afirmó el coloso. 4

